



Miguel Hernández: “El poeta de la tierra”

Inés Posada Agudelo

Hombre de palabra dulce y dura,
de poesía profunda y de lenta sabiduría...

*Llegó con tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.*

*Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.*

*Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.*

Miguel Hernández

En su libro *La tierra y los ensueños de la voluntad*, Gastón Bachelard nos invita a buscar en las imágenes poéticas el fundamento de su materialidad, la unidad que se despliega cuando uno de los cuatro elementos habita la imaginación y la sensibilidad del poeta y hace surgir en él esas intuiciones profundas que luego bellamente nos revela.

Los sueños de la tierra tienen dos ámbitos: el de la acción y el del reposo. Sueños masculinos y femeninos que conducen siempre al interior de las cosas. Los sueños de la acción son sueños de la energía, de la voluntad, del combate. En poesía, en las palabras de la tierra, sigue diciendo Bachelard, Sí y No se dicen duro y blando... porque la tierra se resiste, y nos demanda gestos, acercamientos, actos que penetran su duro ser y muestran en

sus entrañas todo ese territorio de las transformaciones, de lo pesado, de lo grave, de lo lento, de lo que va madurando desde el silencio oscuro.

“Duro y suave son los primeros calificativos que recibe la resistencia de la materia, la primera existencia dinámica del mundo resistente”.¹

“... parecería como si la materia tuviera dos seres: su ser de reposo y su ser de resistencia. Encontramos al uno en la contemplación, al otro en la acción”.²

Miguel Hernández, no sólo por su destino como hombre de campo, de labores, de sensibilidad natural es un poeta de la tierra, también lo es porque su poesía es profunda, lentamente amasada entre los dedos de la vida, llena de savias que trae de lo hondo, de aromas que se cuecen en el interior de innumerables asuntos que lo asaltan.

Su poesía es una voz profunda, sus raíces vienen del hondo territorio de la experiencia humana. Canto del cuerpo, testimonio de un alma. Palabra en crecimiento que nos llama para hacernos partícipes de los asombros cotidianos que nos

¹ BACHELARD, Gastón, *La tierra y los ensueños de la voluntad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 27.

² *Ibid.*, p. 55.

buscan por todas partes. El dolor, la esperanza, el amor, la soledad, las manos de los hombres, el inventario —dotado de sentido— de las cosas que nos rodean, lo que amamos temblando, lo que tememos, la abierta herida que nos deja el combate cotidiano para alcanzar y sostener la libertad, por la que vale la pena y la alegría caminar por las ciudades y los campos, por las encrucijadas y los valles, sosteniendo con avidez nuestro destino humano.

Porque la poesía también es un destino, un destino como pastorear las cabras de los montes, como moler el trigo, como arañar la tierra...

Miguel Hernández... a quien le llaman barro sus adentros. Miguel Hernández nacido como el toro para el luto... Miguel sobre la tierra, entre los animales y la grama, olfateando, tocando, susurrando... Miguel hecho de rayos y tormentas, nacido para la rebelión y para el llanto. Para mirar las manos encallecidas de los hombres, y las plantas de niños que se hunden como raíces en la tierra en procura de su amargo sustento. Esperanzado y triste. Derrotado y viril en sus combates. Lúcido y sensitivo en sus imágenes que brotan de una emocionada inteligencia que piensa poéticamente, que transgrede y crea realidades que hieren, porque nacen

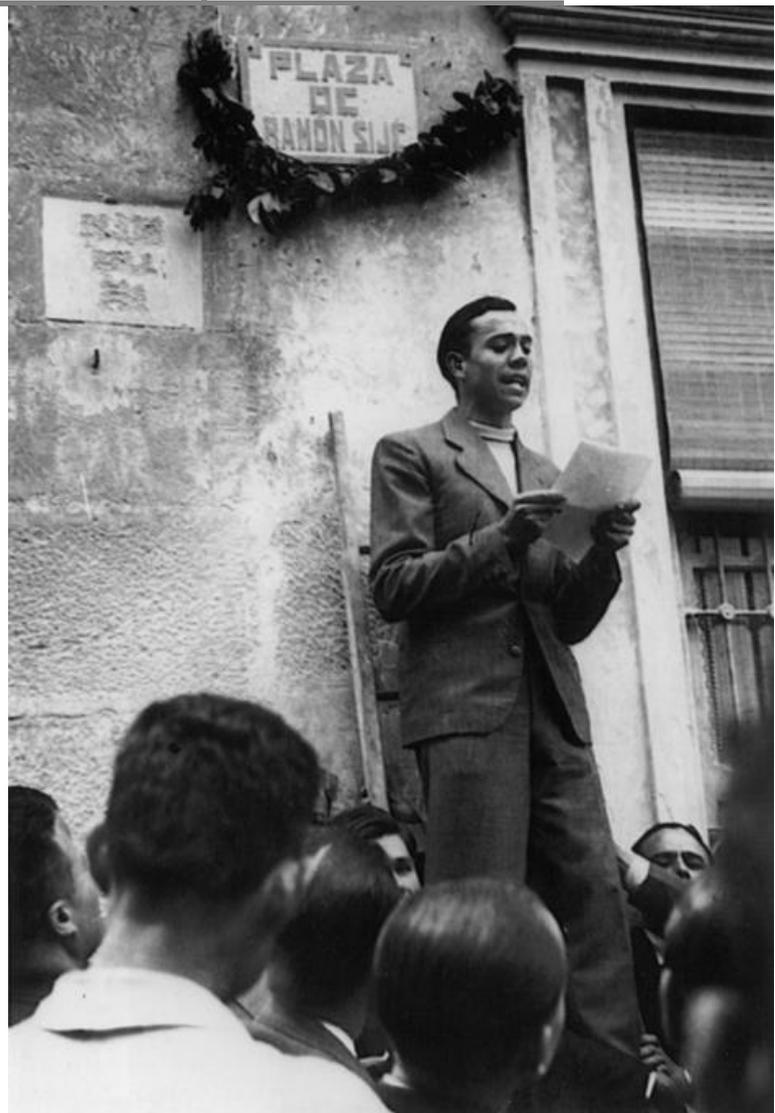
de un hondo conocimiento de nuestra condición humana.

Poeta de la tierra... poeta de la acción...

Empecinado, a pesar del dolor, en sostener entre las manos y la garganta la afirmación, que no se entrega nunca, sobre la dignidad humana. Defendiendo el derecho de todos los hombres a vivir sobre su propio suelo, a ganarse su pan, a amar y ser amados, a poblar el mundo con sus raíces; y las bocas que arrastran a las bocas en un interminable y bello río de sangres jóvenes y limpias, de ardorosos deseos y de los gestos y los actos de los hombres y las mujeres que humildemente nacen y gravitan en torno de la vida y de la muerte.

Así lo dijo en una bella dedicatoria a Vicente Aleixandre:

“Vicente: a nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere, deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de dos poetas, nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros dos de mañana. Nuestro cimiento será



Orihuela, 14 de abril de 1936

siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo. Sólo esas honradas manos pueden contener lo que la sangre honrada del poeta derrama vibrante. Aquel que se atreve a manchar esas manos, aquellos que se atreven a deshonorar esa sangre, son los traidores asesinos del pueblo y de la poesía, y nadie los lavará: en su misma suciedad quedarán cegados. Tu voz y la mía irrumpen del mismo venero. Lo que echo de

menos a mi guitarra, lo hallo en la tuya. Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables pruebas de poesía, y el pueblo hacia el que tiendo todas mis raíces alimenta y ensancha mis ansias y mis cuerdas con el soplo cálido de sus movimientos nobles.

Los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar soplando a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas. Hoy, este hoy de pasión, de vida, de muerte, nos empuja de un imponente modo a ti, a mí, a varios, hacia el pueblo. El pueblo espera a los poetas con la oreja y el alma tendidas al pie de cada siglo".³

Y así lo afirma en su poesía:

(...)
No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que
embargan

yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán

jamás ni yugos ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula? (...)

Su poesía, Miguel (y ahora hablo de usted y con usted), nos sumerge en la garganta profunda de la tierra, de la noche, del dolor, de la vida... su poesía es ancla donde nuestra alma reposa para emprender de nuevo cada viaje, cada invitación que usted nos hace a detenernos en las cosas de siempre untadas de miseria o de grandeza, de dolores o dichas: la cebolla, las cabras, las guitarras, la yunta, el mes de mayo, la casa y la mujer, la tierra que nos nutre, el vientre mineral, fecundo, abrasador, con que el amor nos guarda.. Y siempre Miguel, siempre ese grito con las manos en alto, denunciando la tiranía y la crueldad humana, pero tan desde adentro, tan feroz y tiernamente, que no nos hundimos, por saber que su dolor y el nuestro, el de todos los hombres y el de España, es el que nos levanta en la esperanza, el que abre puertas y pinta su casa (no vacía), con el dolor, el asombro, la tristeza del mundo que sobre sus hombros como nadie usted llevaba...

Umbrío por la pena, casi bruno,
porque la pena tizna cuando
estalla,
donde yo no me hallo no se
halla
hombre más apenado que
ninguno...

³ HERNÁNDEZ, Miguel, *Poesía*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, 1976, p. 233.

Sus imágenes que son como estallidos de negrura, como piedras heladas, como rosas encendidas y cálidas, nos sorprenden Miguel... De dónde surgen, cómo hace usted que las palabras se derramen como colores, como formas talladas en la vida, sobre nosotros, y abran nuestros sentidos y hundan nuestras memorias y nuestras experiencias entre sus páginas donde palpitan los seres cotidianos, la vida de siempre, las cosas más cercanas...

En su poesía a veces nos sorprende ese encuentro inesperado entre cosas dispares. Las transgresiones del sentido común... los nuevos nombres con que usted bautiza sobre todo el dolor y la serenidad... la pena tizna cuando estalla (y lo oscuro nos cubre y nos quema la vida) el vientre es claro y profundo (porque lo más profundo se ilumina con la voz del poeta... porque lo claro tiene su misterio) ... las rosas tienen almas aladas, el sudor nos corona, la libertad pone ojos en las cuencas vacías, el cielo es vidrio, las bocas pájaros, los dientes de su niño, azahares diminutos, ferocidades que descenderán algún día al lugar del amor, del erotismo por el que la vida vale la pena y la alegría...

(...)

Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
ferocidades.

Con cinco dientes,
como cinco jazmines
adolescentes.
Frontera de los besos
serán mañana,
cuando en la dentadura
sientas un arma.
Sientas un fuego
correr dientes abajo
buscando el centro (...)

A los cien años de su nacimiento, en el recuerdo emocionado de una vida que duró —como dice Eugenio Montejo— de la vida humana, un poco menos que una vela,⁴ estas palabras de uno de sus poemas se quedarán eternamente gravitando en nuestras emociones:

(...)

Si me muero, que me muera
con la cabeza muy alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.

Inés Posada Agudelo es poeta, Comunicadora Social-Periodista, Especialista en Literatura y docente universitaria. Ha publicado los libros de poesía: *Entre las hojas*, *Sé que voy a morirme*, *Libreta de quejas...* (*La escritura del silencio*) 1983-2005, entre otros. Escribió este texto especialmente para la *Agenda Cultural Alma Máter*.

⁴ Miguel Hernández murió a los treinta y un años de edad.